

PEQUEÑA CRÓNICA DE SANTA CRUZ

Por Juan Antonio
Padrón Albornoz

El interrogante de la contradicción

En julio y agosto, cuando el calor inicia su escalada sin reminiscencias bélicas, sudamos a mares y protestamos con las escasas fuerzas que la ardiente lanza del sol deja en nuestros cuerpos.

Ahora, cuando el verano se acerca a pasos agigantados, cuando la temperatura asciende y el Teide se quita su capa de nieve y armiño—esa que luce en los inviernos con coquetismo impropia a sus años, seriedad y severidad—, nos aprestamos a dejar de titiritar, relativamente claro, y a pasar calor.

Y es que, sin lugar a dudas, todo lo sabemos, todo lo sufrimos sin que de verdad, estemos educados para nada.

El hombre carece de alas. Pero se lanza en la que le prestan los "jets" para emular las andanzas y aventuras de Ycaro. Y, para no ser menos, con aletas apropiadas—disfrazado de renacuajo—hace competencia a los tritones mitológicos.

El frío y el calor le dañan. Pero él, tozudo, se empeñó—y continúa haciéndolo—en la exploración de las llanuras heladas y los infiernos tropicales.

Los grandes saltos aéreos han pasado a la historia. Ahora privan los espaciales. Y éstos se intentan ya en batería, como los saltos del circo. Uno tras otro, día por día, los "missiles" y las cápsulas espaciales, unas tripuladas y otras no, van alzando su vuelo para ganar un poco más de espacio sideral.

Y no deja de ser interesante, curiosa y emocionante, esta porfía de los monstruos metálicos tan fuertes de corazón como aun tan cortos de autonomía, si bien ya se acercan a la Luna antes romántica.

El problema está planteado en términos clarísimos: hay que reducir el peso sin menoscabo de la potencia. Legiones de hombres de ciencia y de peritos de la astronáutica, trabajan para resolver definitivamente el problema. Y, por lo que se ve, la solución no está ya tan lejana en el tiempo. Tampoco en el espacio.

También en los talleres y laboratorios de la Naturaleza se trabaja sin descanso. Hay animales a medio terminar, que les falta el último toque. Y, así, en algunos países el avestruz se pasa la vida haciendo el camello, a la espera, siempre a la espera, de que le crezcan las salas libertadoras.

El hombre mismo, no cabe la menor duda, necesita un retoque. Y eso que él se cree perfecto. Un escritor del siglo pasado elevó a la Naturaleza un pliego de reparos que, desde cierto punto de vista, no carecía de fundamento y buen sentido. Se quejaba, por ejemplo, de tener dos ojos en la cara y ninguno en el cogote, donde suele hacer falta. Y también le parecía absurdo llevar el almohadillado de las pantorrillas detrás de las piernas y de no tenerlo delante, en la espinilla, que es precisamente donde nos dan los golpes.

Si la Naturaleza, nuestra profesora, no ha perfeccionado todavía sus obras, bien puede el hombre consolarse de no haber puesto el mejor término a las suyas. Entretanto, hace bien en seguir luchando, sin rendirse, seguro de que cada fracaso aparente es un tanteo efectivo.

La verdad es que no nacimos para trabajar y nos las arreglamos de manera que, si no trabajamos, no podemos vivir.

Tenemos dos pies y, sin razón aparente, redoblamos nuestros esfuerzos para—sobre letras de cambio—auparnos hasta las cuatro ruedas.

Vivimos, repito, en constante contradicción con la Naturaleza o, mejor, no vivimos para lograr un más perfecto y tranquilo vivir. La contradicción preside con su enorme interrogante el diario quehacer y acontecer de unas vidas que, contadas por miles de millones, se preocupan y angustian.

Y todo por llevar la contraria, por esa obstinación enfermiza que domina y hace actuar de forma tan en desacuerdo con nuestros deseos.

Por eso es que cierto inventor—creo fue Edison—declaró que nunca había visto a una persona feliz. De lo cual se desprende que tampoco lo fue él, ni siquiera en las horas de sus grandes inventos. Ante lo expuesto, y sin recargar demasiado las tintas pesimistas, ¿quién se compromete a encauzar y administrar con éxito a unos seres así? A escala municipal, el intento, el simple intento, adquiere características de auténtico problema. Buena prueba de ello es este Santa Cruz de nuestras penas.

Nuestra ciudad—como todas las ciudades—estrena de vez en cuando plazas, calles y algunas otras mejoras. Entonces, complacida, se mira en el espejo y, poco a poco, muestra gestos de desagrado. Comienza a protestar y murmurar. Comenta que si le tira de aquí o de allá y, con destemplanza, señala las arrugas que deforman tales o cuales sitios. ¡Como si supiera más que toda la Corporación municipal!

Y es que la Naturaleza goza con hacer burla de los pueblos cuando pone a prueba su espíritu contradictorio. Como no sabemos trepar, coloca la fruta en las ramas más altas. Como no somos mineros más que a regañadientes, coloca las riquezas más preciadas en las entrañas de la Tierra.

La Naturaleza entrega sus velos virginales uno a uno, con el fin de que el hombre se interese por el que, siempre, viene después.

También por esto da cada cierto número de años, nuevas promociones de científicos, escritores, ritmos nuevos y algún que otro invento, éste más bélico que útil en la inmensa mayoría de los casos.

Y también con la misma periodicidad se van renovando las Corporaciones Municipales. Y hay ansias de trabajo, impulsos e iniciativas que se plasman en realidad por estos hombres que son algo así—permítasenos la comparación—como los sastres que cuidan del vestido de la ciudad, los responsables de su tocado y elegancia.

Pero surge entonces ese constante vivir en no menos contradicción. Falta vigilancia nocturna—hace días unos gamberros estuvieron a punto de provocar un espectacular incendio al dar fuego a unos cubos de basura en la calle de La Palma—, el problema del tráfico se agudiza y, para no ser menos, si bien ciertas zonas gozan de un perfecto alumbrado, otras claman por unas simples bombillas. El hacha municipal hace de las suyas en los jardines; la Plaza de los Patos espera su total terminación; no se decide una nueva entrada al barrio de La Salud. ¿Para qué seguir?

Todas estas anomalías son, pura y exclusivamente, producto de ese espíritu contradictorio que preside nuestro vivir. Pero a estas anomalías hay que poner remedio, rápido remedio, como ese que, en otros casos, se está llevando a cabo en Santa Cruz.

Y, seguros estamos, pronto se extenderá ese esperado y ansiado remedio a otras esferas que también esperan la solución precisa, inaplazable.